

tres leguas de Valencia se encontrase en el camino con el correo que venia de Madrid. El pueblo, que se habia adelantado á recibirle, viéndole caminar con el postillon, interpretó aquel incidente como prueba notoria, irrecusable, de lo fundado de sus sospechas. Conducido el baron á Valencia en calidad de preso, y habiendo conseguido llegar sin lesion por una especie de milagro, fué asesinado en la plaza de Santo Domingo, á pesar de los increíbles esfuerzos que esponiendo su propia vida hizo el P. Rico para salvarle. La cabeza de aquel desgraciado fue colocada en una pica, y paseada por las calles de la ciudad con espantosos alaridos. Esta escena, comparada por algunos es-

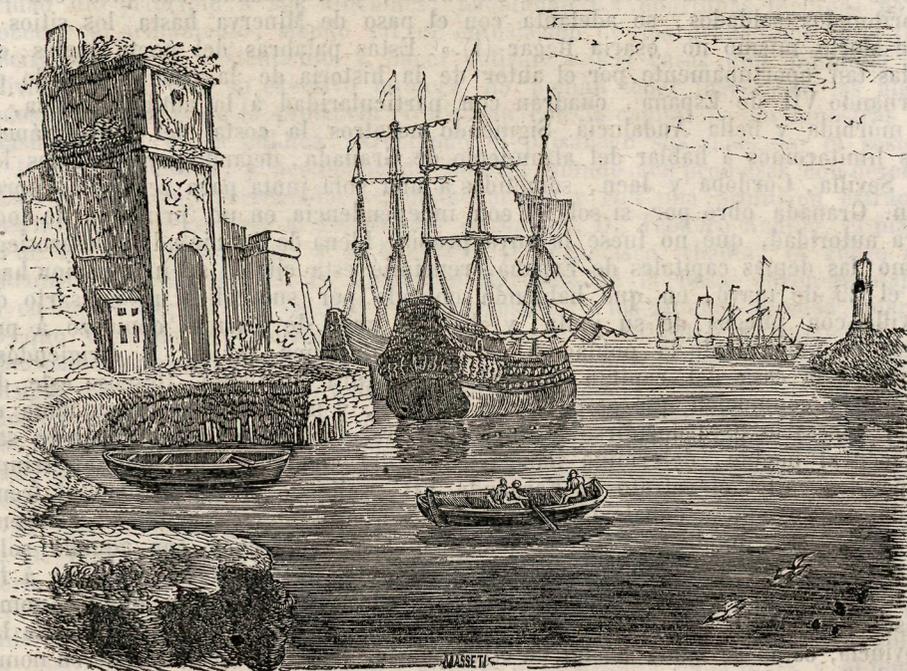


critores á las de la revolucion de Francia, era precursora de otras que debian escederla en ferocidad y en horror. Nosotros reservamos su relato para mas adelante, temerosos de degradar el magnifico cuadro de nuestra insurreccion si lo presentamos ahora.

El levantamiento de la parte oriental de España habia tenido su origen en el de Cartagena, primera ciudad que dió el grito en aquella costa, declarándose en insurreccion el dia 22. Era entonces aquella ciudad el segundo departamento de la real armada, cuya circunstancia, y la de ser plaza de armas, fortificada con varios castillos, reductos y fuertes, no menos que la de disponer del puerto mejor de España, le daban la importancia consiguiente á su posicion, haciéndola ejercer un ascendiente superior al de la capital sobre toda la provincia de Murcia.

A los motivos de irritacion producida en todas partes por los acontecimientos del 2 de mayo y renunciias de Bayona, se unió allí otra causa que contribuyó á acelerar el alzamiento, y á hacerle preceder al de los demas pueblos de la costa. Hacia ya bastante tiempo que nuestra escuadra de Cartagena habia salido de su puerto al mando del comandante D. Cayetano Valdés, con direccion á las islas Baleares, á fin de pasar desde allí á reunirse con la francesa de Tolon, para hacer levantar el bloqueo que sufrían en Cádiz las dos escuadras combinadas francesa y española. El príncipe de la Paz en los últimos dias de su mando, desconfiando de la buena fé de Napoleon,

había dado á Valdés órdenes reservadas para que demorase su estancia en Mahon, prestando vientos contrarios ó peligros por parte de los ingleses. Quejándose despues Bonaparte de aquel retardo, hizo Godoy salir á D. José Justo Salcedo, con la aparente mision, dice, de tomar el mando de la escuadra y de averiguar la conducta de Valdés; pero en la realidad para sosegar el descontento del emperador, dando á Salcedo el riguroso encargo de no zarpar para Tolon sin nueva órden, obrando de igual modo que Valdés lo habia hecho. Ocurrida la revolucion de Aranjuez, y habiendo variado las circunstancias con las renunciaciones de Bayona, espidió Murat á Salcedo la órden de realizar inmediatamente su salida por tanto tiempo retardada, y nuestra escuadra iba á perderse si se ejecutaba el mandato. Sabido en Cartagena lo que habia por las gentes que estaban relacionadas con la tripulacion de la tal escuadra, estendiéndose la alarma por toda la ciudad, cuyos habitantes se declararon en tumulto, obligando al capitan general del departamento á hacer dejacion del mando, y poniendo en su lugar á D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. El cónsul de Francia corrió bastante peligro, y se vió precisado á refugiarse en un buque dinamarqués. Nombrado gobernador el marqués de Camarena la Real, y habiéndose erigido en junta algunas personas de distincion, dedicáronse las nuevas autoridades á consolidar el movimiento, alentando á los pueblos de la comarca á seguir el ejemplo de Cartagena. Constituida esta en apoyo de toda la costa, suministró abundantemente pertrechos y armas á cuantas poblaciones las necesitaron, entre ellas á la ciudad de Valencia, como ya tenemos referido. Uno de los primeros cuidados de la junta fue enviar á Mahon al teniente de navio D. José Duelo para impedir la salida de Salcedo, próximo á darse á la vela con su escuadra á consecuencia de la órden de Murat; debiéndose así á la prevision de aquellos patriotas la conservacion de una armada de que tanto



necesitábamos en la guerra que daba principio. El celo de las nuevas auto-

ridades cartageneras se dirigió con la misma solicitud á evitar excesos; mas no pudo impedir el asesinato del destituido capitan general del departamento, D. Francisco de Borja, muerto violentamente á manos del pueblo el dia 10 de junio.

Los emisarios de Cartagena entraron en Murcia el 24 de mayo dando vivas á Fernando VII, teniendo el placer de ver secundadas sus escitaciones por toda la poblacion, distinguiéndose los estudiantes del célebre colegio de S. Fulgencio, por el entusiasmo y ardor con que fueron los primeros en dar el grito. Reunidos el ayuntamiento, el cabildo y la nobleza, nombraron una junta de diez y seis individuos de los de mas valia en la ciudad, siendo uno de ellos el célebre ministro de Carlos III y Carlos IV, conde de Floridablanca. Dióse el mando de las tropas al coronel de milicias, D. Pedro Gonzalez de Llamas, y adoptáronse las medidas oportunas para armar y defender la provincia, no habiéndose tenido que lamentar en ella los excesos que en otras partes, salvo el asesinato del corregidor de Villena y algun otro de los sugetos que el pueblo miraba con ojeriza.

En el alzamiento de España fue el valor uniforme y unánime, sin que el heroismo de los pueblos los diferenciase entre sí como las costumbres y el clima. La llama de la insurreccion prendió en las palmeras del Mediodía con el mismo fervor que en las hayas del Norte, en las flores del jardin de Valencia y en los eriales de Estremadura. «¿Será, dice Byron, que haya la virgen española colgado vanamente de los sauces su guitarra condenada al silencio? Olvidando su sexo hase vestido la cota de malla de los guerreros, y participa de sus peligros, y canta el himno de las batallas. Aquella á quien antes cubria de palidez la vista de una herida, y á quien helaban de terror los lúgubres chillidos de las nocturnas aves, mira ahora á sangre fria el brillo de los sables y la movediza selva de las bayonetas; y tropezando sus pies con los moribundos soldados, se adelanta con el paso de Minerva hasta los sitios á que Marte mismo no osaría llegar (1).» Estas palabras del poeta inglés, citadas tan oportunamente por el autor de la historia de la vida y reinado de Fernando VII de España, cuadran con particularidad á la antigua Bética, á la mórbida y bella Andalucía. Siguiendo nosotros la costa del Mediterráneo, nos limitaremos á hablar del alzamiento de Granada, dejando para despues los de Sevilla, Córdoba y Jaen, sometidas á una sola junta para resistir la opresion. Granada obró por sí sola y con independenciam en un principio de toda otra autoridad, que no fuese la suya propia. Llena de inquietud y desasosiego como las demas capitales de España, reprimió esta ciudad su indignacion hasta el 29 de mayo, en que habiendo entrado por sus calles un emisario de Sevilla con pliegos de su junta, y dado el grito de alarma, comenzó á ponerse en movimiento la poblacion cercando al recién venido, y dirigiéndose con él á la casa del capitan general D. Ventura Escalante. Deseoso este de calmar la conmocion que empezaba á notarse, y no sintiendo en su alma el valor necesario para decidirse á adoptar una resolucion decisiva y capaz de satisfacer al pueblo, determinó halagarle al dia siguiente, llevando en triunfo por las calles el retrato de Fernando VII, saliendo él en persona al frente de una ostentosa cabalgata, y limitando á esta demostracion su deferencia á los votos públicos. Estos no podian quedar satisfechos con aquella sola señal, y así fué que amotinándose el pueblo y dirigiéndose nuevamente á la casa del capitan general, manifestóle sin rodeos su anhelo de que se nombrase una junta, á cuyo cargo estuviese el gobierno de la ciudad y de toda la provincia, como se habia hecho en otras partes. Esta exigencia, hecha en nombre de los habitantes por un monge Gerónimo llamado el P. Puebla, fué acompañada con el clamoreo de los amotinados que pedian armas; visto lo

(1) BYRON en su Childe Harold, canto I, estancia LIV, traduccion francesa de Amedeo Pichot.



LEVANTAMIENTO DE GRANADA.

qual por Escalante, hubo de ceder mal de su grado, procediéndose en consecuencia á la instalacion de la junta, cuya presidencia le fué deferida. La nueva autoridad dió principio á sus funciones, adoptando las oportunas medidas para proceder al armamento, siendo tal el entusiasmo de los granadinos, que fué preciso cerrar el alistamiento y hacer retirar á sus casas una infinidad de individuos, que por su excesivo número no podian tener ingreso en las filas. Todos los pueblos de la provincia rivalizaron con la capital en dar muestras de decision por la causa pública, ofreciendo el paisanage sus vidas por el sosten de la independencia, y acompañando todo el mundo sus promesas con desembolsos en efectivo, presentados espontáneamente y con una profusion extraordinaria. La junta confirió al gobernador de Málaga, D. Teodoro Reding, el mando de los nuevos reclutas, y al brigadier D. Francisco Abadia, el cargo de instruirlos y disciplinarlos. D. Francisco Martinez de la Rosa, jóven aventajado en aquella época, y catedrático por oposicion á los 20 años de edad, mereció que Granada le confiase la comision de ir á Gibraltar á participar al gobernador inglés la nueva de su alzamiento. El enviado cumplió con su encargo, consiguiendo un auxilio de armas y pertrechos de guerra, que le fueron facilitados en aquella plaza y en la de Aljeciras. Obtenidos estos recursos, formóse una division respetable que, al mando del ya mencionado Reding, pudo hallarse desde luego en el caso de cooperar á la comun defensa, secundando los patrióticos esfuerzos de las demas provincias andaluzas.

El encono popular sacrificó en Granada al antiguo gobernador de Málaga, D. Pedro Trujillo, hecho arrestar por la junta con el solo objeto de protegerle. Igual suerte sufrieron el correjidor de Velez Málaga y D. Bernabé Portillo, victimas del furor de la multitud, instigada por algunos malévolos. Un fraile llamado Roldan, procuraba incitar á la plebe á cometer nuevos atentados; pero estos no tuvieron lugar, gracias á la firmeza de la junta y al modo misterioso y terrible con que juzgó del caso restablecer el orden público. Achacábase á tres negros el asesinato de Trujillo, y una mañana amanecieron los tres colgados en la horca, despues de habérseles quitado la vida en la cárcel. Los autores de los otros dos asesinatos fueron ajusticiados tambien,

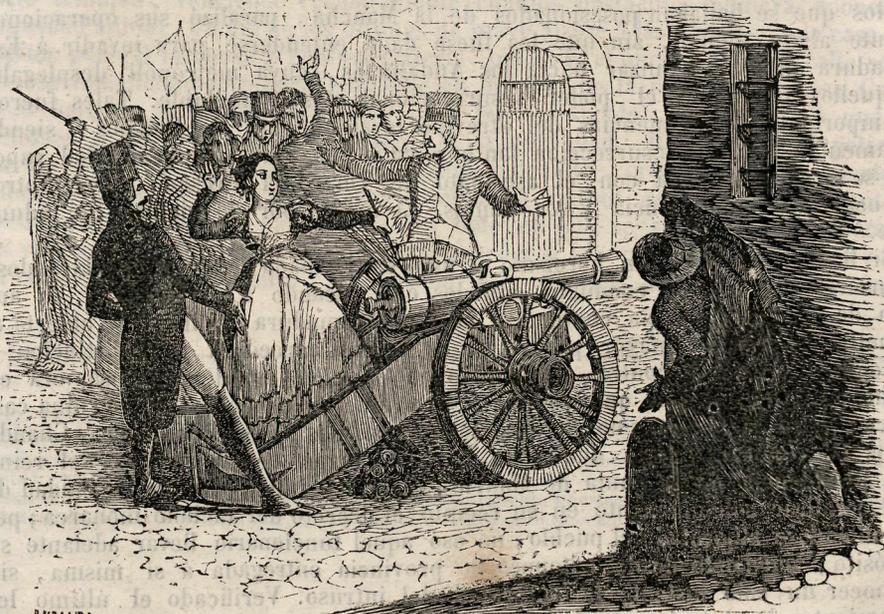
siendo colgados en el patíbulo nueve de ellos, cubiertas con un velo sus cabezas, para hacer así mas profunda la impresion de aquel espantoso espectáculo. El fraile Roldan fue enviado á presidio.



EJECUCIONES EN GRANADA.

La nueva del sangriento 2 de mayo se supo en Badajoz el día 4 por conducto del alcalde de Móstoles, de cuyo personaje hablaremos en otro lugar, viéndose en breve toda la provincia de Estremadura, situada al Occidente de España, agitada convulsivamente al mismo tiempo que el Mediodía. El conde de la Torre del Fresno, gobernador y capitán general de la provincia extremeña, notando la fermentación del paisanaje y de la tropa que guarnecía la capital, quiso corresponder dignamente al aviso que acababa de recibir; y avistándose con el general Solano, jefe de las tropas españolas que habían vuelto de Portugal, convocaron á junta á las autoridades principales, dando una proclama contra los franceses con fecha del 5, y resolviendo que las tropas estuviesen dispuestas para acudir, si fuese preciso, al socorro de la capital del reino. Al mismo tiempo fue enviado á Lisboa el segundo teniente de guardias walonas, ayudante del marqués de Coupigni, D. Federico Moretti, con la comisión de enterar al general Carrafa de la alevosía francesa, poniéndose de acuerdo con él para idear los medios de salvar las tropas españolas que á las órdenes de Junot continuaban todavía en Portugal. Otros comisionados partieron igualmente á Madrid y á Sevilla, siendo tan ejecutivas las disposiciones adoptadas, que no parecia sino que Badajoz queria ser la primera en alzarse contra aquellos franceses, á quienes un hijo suyo habia tan imprudentemente abierto las puertas del país en el funesto y para siempre célebre tratado de Fontainebleau. Así sucediera sin duda, á continuar los gefes militares en su primer propósito de secundar los deseos del pueblo tan patriótica y osadamente como habia comenzado á verificarlo. Recibiéronse, empero, noticias de haberse restablecido la tranquilidad en la corte, cuya circunstancia, y la de haber dirigido Murat á Solano el oficio en que le or-

denaba encargarse nuevamente de la capitania general de Andalucía, hicieron que aquel jefe mirase las cosas de otro modo, cambiando repentinamente de conducta, ora fuese porque considerara imposible la resistencia á Napoleon, como nosotros creemos, ora porque le halagara la idea de medrar á la sombra del gobierno francés y de la nueva dinastía, como otros escritores han dicho. Solano partió á su destino, y Torre del Fresno, en quien las noticias últimas habian producido un cambio análogo, resolvió declararse contra el alzamiento que habia intentado promover, decidiéndose por la causa del intruso con tanta energía, como pocos dias antes acababa de desplegar en sentido contrario. Semejante mudanza fué en él hija de un yerro de cálculo, mas bien que de traicion propiamente dicha. Muchos españoles ilustres creyeron impolitica aquella guerra, y Torre del Fresno, lo mismo que Solano, participó desgraciadamente de esta persuasion poco justa. Como quiera que sea, Badajoz se vió contrariada en su ardiente deseo de alzar el pendon nacional tan pronto como habia pensado; pero si el cambio de sus autoridades bastaba á retardar el movimiento, no por eso era fácil que pudiese extinguir una fermentacion tan violenta. Algunos patriotas, entre los cuales se contaba el despues diputado y ministro D. José Maria Calatrava, promovian por bajo de mano el frustrado levantamiento, disponiendo poco á poco las cosas y señalando el momento de la explosion para los primeros de junio. El pueblo estremeño se anticipó á los deseos de sus directores, y un incidente casual, análogo al de la Coruña, produjo el anhelado rompimiento. Era el dia 30 de mayo, y como se observase que Torre del Fresno no ordenaba hacer salvas ni enarbolar la bandera de costumbre en el dia de S. Fernando, acudieron las gentes á la muralla, deseosas de saber el motivo de tan chocante omision. Una muger audaz se dirige á los artilleros, y echándoles en cara la inaccion en que estan, arrebatada furiosa una mecha, y al grito de *viva el rey*, la aplica al oido de un cañon. Oirse el estampido,



MIRANDA

ALZAMIENTO DE BADAJOZ.

seguir los demas que debian constituir la salva, y ponerse en movimiento la

poblacion entera de Badajoz, fué todo uno. Deseoso Torre del Fresno de apaciguar el alboroto, no consiguió con sus palabras sino irritar mas y mas el furor del pueblo, quien viendo llegar un postillon con pliegos, y creyendo al gefe militar en tratos con los enemigos, acometen su casa llamándole traidor, signenle cuando ven que ha desaparecido, y alcanzándole en un cuerpo de guardia, acaban con él la soldadesca y el populacho, arrastrando despues su cadáver. Nombrado por aclamacion del pueblo para suceder al desgraciado Torre del Fresno, el brigadier, gefe de la escuadra de artilleria, D. José Galluzo, á quien se dió el nombramiento de teniente general, adoptó las disposiciones oportunas para poner la plaza en estado de defensa contra toda tentativa del enemigo, situado á corta distancia, en Yelves y en el Alentejo, á las órdenes del general Kellermann en número de 10,000 hombres, siendo solos 500 los soldados que guarnecian á Badajoz. El cargo de gobernador de la plaza fué conferido al teniente rey D. Juan Gregorio Mancio. Formada una junta de veinte personas, denominada superior de Estremadura, concedió un grado sobre los que tenian á todos los militares residentes en Badajoz, agraciándose á otros con grados dobles y con varios honores y mercedes, cuya profusion era evidentemente contraria á lo que en aquellas circunstancias exigia la causa pública. La mayor parte de estos nombramientos fueron debidos al capricho del capitán D. Ramon Gavilanes, que habiendo venido de Sevilla á poner en conocimiento de las autoridades el levantamiento de aquella ciudad, pretendió erigirse en supremo dictador de los extremeños, ejerciendo sobre ellos una autoridad ilimitada y despótica. Los abusos de su poder fueron tales, que la junta se avergonzó de su debilidad en haberlos consentido, volviendo finalmente por su decoro, y dando fin á tan lamentables excesos. Tras esto procedió al nombramiento de otra nueva junta, compuesta de los sugetos mas principales de la capital, de los partidos y de varias corporaciones. A fines de junio contaba ya Estremadura con un ejército de 20,000 hombres, que obstruyendo la comunicacion de los franceses que ocupaban al Alentejo, con los que se hallaban posesionados de la Mancha, paralizó sus operaciones durante algun tiempo, sin que les fuese dado entenderse para invadir á Estremadura ni para avanzar hácia las Andalucias, cuya metrópoli desplegaba en aquellos momentos el poder insurreccional mas formidable. Tales fueron las importantes consecuencias del atrevido levantamiento de Badajoz, siendo de lamentar que una insurreccion tan heroica y que tanta magnanimidad suponía, se viese empañada con el asesinato de Torre del Fresno, y con otros dos ocurridos en Plasencia y los Santos. El orden por lo demas fué admirable.

Si Badajoz desplegó un heroismo y una osadia nada comunes, declarándose en insurreccion contra enemigos situados casi tocando á sus puertas, la audacia de Leon, provincia contigua á la de Estremadura, y llana y abierta al acometimiento en su mayor parte, no es menos acreedora á la distincion y al elogio. Declararse contra el enemigo en posicion tan desventajosa, era en sus habitantes lo mismo que votarse á una muerte probable, á una ruina casi segura; pero el patriotismo de los leoneses no les consintió vacilar. Cuando Carlos IV confirió al gran duque de Berg la lugartenencia general del reino y la presidencia de la junta de Madrid, quiso el intendente de la ciudad de Leon publicar solemnemente en su recinto el decreto del anciano monarca; pero habiéndose alborotado el pueblo, no osó aquel funcionario llevar adelante su propósito, quedando desde entonces la provincia entregada á sí misma, sin reconocer un solo instante la autoridad del intruso. Verificado el último levantamiento de Asturias, cobró nuevo brio en Leon el entusiasmo de sus habitantes, erigiéndose una junta compuesta de individuos del ayuntamiento y otras personas, despues de haber recibido de Asturias un auxilio de 800 hombres.